

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

III

MAC DOUALL ROBERTO. (1842-1921).—*El Joven Arturo*. Bogotá. Imprenta de Medardo Rivas. 1883. Folleto. 12 x 16. p. II, 52.

En Roberto Mac Douall, como en otros grandes poetas colombianos del siglo XIX, Isaacs y Fallon, se advierte el benéfico influjo del cruce de raza sajona con sangre latina. Nació en Zipaquirá, en septiembre de 1842. Por su padre, descendía de una familia escocesa, y, por la línea materna, tenía entronques con el prócer granadino Vicente Azuero. Formidable improvisador, compitió con César Conto en oportunidad y derroche de ingenio, en tertulias y saraos de la Santa Fe bogotana de la segunda mitad del último siglo. Cultivó la poesía familiar y la patriótica, fue un afortunado traductor de poetas ingleses, pero su celebridad debióla a un poema de aliento, de vena satírica, *El Joven Arturo*, cuya primera edición apareció precedida de la siguiente patente de privilegio: “José Eusebio Otálora, Presidente de los Estados Unidos de Colombia, hace saber: Que los señores José María Estévez y Jerónimo Argáez ocurrieron al Poder Ejecutivo solicitando privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título, que han depositado en la Gobernación del Estado Soberano de Cundinamarca, prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue: ‘El JOVEN ARTURO, poema—Por *Roberto Mac-Douall*’. Por tanto, en uso de la atribución que le confiere el artículo 66 de la Constitución, pone, mediante la presente, a los expresados señores José María Estévez y Jerónimo Argáez en posesión del privilegio por el término de quince años, de conformidad con la ley 1ª, parte 1ª, tratado 3º de la Recopilación Granadina, ‘que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias y algunas otras’.—Dada en Bogotá, a veinte de noviembre de mil ochocientos ochenta y tres.—*José E. Otálora*. (L. S.) El Secretario de Fomento, Manuel Laza Grau”.

Se trata de una nutrida andanada, en octavas reales, en siete Cantos, amén de los consabidos prólogo y epílogo, contra las escuelas normales femeninas, imperantes, en los días del poeta, en los Estados Unidos de Colombia. La organización de estos establecimientos docentes, y su difusión en las principales ciudades del país, produjo inquietud, zozobra y aún escándalo en el ánimo de muchas gentes chapadas a la antigua, en quienes estaba aún latente la influencia de Fray Manuel de Jaén y de

Fray Miguel de Agustín y otros moralistas peninsulares, que reputaban nefanda la instrucción de la mujer, acerca de la cual decían: "Es inconveniente que sepan leer y escribir, y las que sepan no deben tener recado ni ejercitar este arte. No lean más libros que los devotos; guárdense, sobre todo, de las novelas y comedias, que son sumamente nocivas, pues alterando la fantasía incitan al lector a poner por obra las aventuras que lee...", como lo recuerda Azorín, en las páginas de su *Buscapiés*.

Para este linaje de pecatos, que tanto se parecen a esos otros que estorbaron por siglos la emancipación política, jurídica y familiar de la mujer, el que se le abriesen Normales para su educación, donde se enseñasen nociones elementales de ciencias y artes, hasta entonces reservadas a los varones, motivo fue para poner el grito en el cielo, anatematizando la iniciativa del gobierno y prediciendo para la sociedad que la toleraba, todo linaje de calamidades. Lo raro fue que entre el turbión de voces de escándalo que se dejaron oír, en el ámbito nacional, contra la educación normalista femenina, no faltó la de un poeta de verdad, Roberto Mac Douall, que era al propio tiempo un espíritu culto, lo que hizo más extravagante e incomprensible su posición en el conflicto. Bien que algunos han pretendido ver en las chispeantes páginas de *El Joven Arturo* una volterriana jugarreta del autor precisamente contra los reaccionarios enemigos de las escuelas neogranadinas. Y no les faltaría razón, pues es tan forzada la caricatura de Clara, la protagonista, y la de Pablo Zapata, su marido, que, en realidad, ocurre en el poema de Mac Douall, como en el juguete cómico de Cervantes, *El Juez de los Divorcios*, que uno y otro prueban, a la postre, todo lo contrario de lo que aparentemente pretenden.

Como quiera que sea, ello es que la aparición del poema, cuya edición príncipe es hoy rareza bibliográfica, no sólo no pasó inadvertida, sino que produjo revuelo en los círculos académicos, docentes y periodísticos, y dividió aún más la opinión pública en dos bandos: el de quienes propugnaban por el mantenimiento de las Normales femeninas y el de quienes no querían otra cosa que su extinción. En un sólo aspecto convenían, unánimes, los antagonistas: en reconocer las extraordinarias dotes poéticas del autor de *El Joven Arturo*, su chispeante ingenio, la consumada maestría en el arte de versificar, y la facilidad y galanura de su estro.

El argumento del poema es muy sencillo: Clara, una linda y despierta muchacha de 18 años, a quien, a pesar de sus encantos, la pobreza mantenía soltera, decide, por consejo de su madre, ingresar a la Normal, con el deseo de llegar a ser institutora y ganarse la vida honradamente. Por lo pronto, le cuesta soportar las privaciones y estrecheces del internado, pero a la postre se amolda a la situación, y se entrega decididamente al estudio. ¿En qué consistía éste? Según el poeta,

*...Allí se aprende todo: arquitectura,
Idiomas, canto, física aplicada,
Hermenéutica, química, pintura,
Historia natural, patria, y sagrada,
Legislación, estética, escultura,
Náutica, natación, relojería,
Táctica militar y astronomía...*

Descontando lo de la táctica militar, lo de la náutica, que, como figura retórica, pasa las lindes de la ponderación viciosa, no le parecería a nadie, el resto del programa, excesivo, para quienes tendrían a su cargo, en el futuro, la educación de los niños, como institutoras?

Para los días del poema, estaba vigente en las Normales del país, un pénsum que abarcaba todas las materias designadas para las escuelas primarias superiores, dándoles, claro está, mayor desarrollo y extensión. Además, en la Normal del Cauca, por ejemplo, se dictaban estas materias: francés e inglés; álgebra superior; historia universal; geometría, trigonometría y topografía; astronomía y geografía universal; física, química y mecánica industrial; agricultura; música y canto; gimnástica y calisténica, y un curso de pedagogía para que quienes quisieran dedicarse a la instrucción, aprendiesen la teoría de la enseñanza y el empleo de los métodos perfeccionados, como reza el artículo 237 del Código de Instrucción Pública, promulgado en Popayán, por el Presidente César Conto, el 28 de abril de 1876.

Tres años estudia la protagonista, al cabo de los cuales recibe diploma de institutora. En la función académica:

*... Clara estuvo muy lista y atrevida,
Y un tanto varonil en sus modales,
Pues la mujer se hace hombre en las Normales... (!!)*

Lo cual sucede entre los aplausos de los espectadores, menos de Don Bruno, un vejete alma de cántaro, que participa de las ideas del poeta, y que, en presencia de lo que ocurría en la Normal, imaginaba que el mundo se había convertido en manicomio.

Entre tanto, Pablo Zapata, su antiguo novio, se enamora de Margarita, una chica adorable, cándida, sin instrucción alguna. Asiste, por casualidad al grado de Clara, ocasión que aprovecha para reanudar sus interrumpidas relaciones amorosas, y acaba casándose, civilmente, con ella, a despecho del poeta, que le aconseja hacerlo con Margarita. La lectura sucesiva de dos cartas, la sencilla y apasionada de Margarita, y la de Clara, llena de rebuscadas imágenes literarias y de manifiestos plagios, inclina a Pablo a decidirse por Clara, lo que, en realidad, no recomienda su buen juicio ni acredita que el cuitado sintiese verdadera pasión amorosa por ninguna de las dos mujeres. Sólo un mentecato procedería de semejante manera. Que, en estos asuntos de amores, siempre será verdadero el epifonema de Víctor Pérez Petit: "Buscar los defectos de una mujer hermosa es condenarse a no gozar de la hermosura. Más valen unos ojos bellos que todos los errores de ortografía en que pueda incurrir la dama...". Cuando Pablo inquiere la opinión de su amigo acerca de su decisión, recibe esta merecida respuesta:

*... Yo pensé que eras hombre de provecho,
Y hoy juzgo que mereces un establo,
A pesar de tu grado y tu derecho;
Tu jamás pasarás de Congresista,
Porque eres una bestia nunca vista...*

Por desgracia, las predicciones del poeta se cumplen. Corrido y apesarado, Pablo se lo confiesa al poeta, declarándose víctima del engaño de su mujer, de quien dice que:

*Formó quinientos planes excelentes
Para hacer deliciosa mi existencia;
En discursos floridos y elocuentes
Prometió respetar mi independencia.
Hizo lo que los hombres eminentes
Que quieren atrapar la presidencia:
Presentó su programa de gobierno,
Me atrapó, y el programa echó al infierno...*

Un día, advierte Pablo cierta desusada tolerancia en Clara: ya no le arma gresca por sus escapadas y le es posible asistir todas las noches, sin problemas, al tresillo. Una ocasión, sin embargo, intercepta un papel en que cierta vecina le decía a Clara:

*... 'Ven esta noche, pues te juro
Que podrás, a tus anchas, ver a Arturo...'*

El infeliz no necesita de otras pruebas, como el personaje de Molière, para sentirse definitivamente engañado. Más tarde, en la oficina judicial donde trabaja, le busca camorra a un litigante, de nombre Arturo Sanclemente, en quien cree ver al odiado rival. Sale Pablo del lio malparado, con las costillas rotas y despedido del empleo. Al llegar a casa, su mujer, sorprendida, lo recibe con sarcasmos. Pablo reacciona ferozmente y la insulta de vil manera, Clara, indignada, le descerraja soberano escobazo y lo pone de patitas en la calle. De resultas de todo esto, Pablo enloquece. El poeta, su amigo, acude a enterar a Clara del percance, le reprocha su traición con don Arturo, y se queda de una pieza al enterarse de que jamás engañó a su marido y que sus delirios no eran con Arturo Sanclemente, sino con la estrella de ese nombre,

La estrella más brillante del Boyero...

El poeta se amostaza, y entabla con Clara este diálogo:

*—Pablo creyó otra cosa... —Lo deploro
—¿Y por qué hasta dormida hablaba de ella?
—Porque su luz resplandeciente adoro.
¡Oh! si la viera usted cómo descuella
En su constelación... ¿Es la del Toro?
—Del Boyero. Es lo mismo. No hay remedio
En una u otra hay astas de por medio.*

Atosigado, el poeta, pierde la paciencia y se da por vencido, no sin confesar:

*Me salí renegando de esa ciencia
Que en esta tierra sin piedad se gasta,
Y que hace un tinterillo de un muchacho
Y de una pobre niña un marinacho...*

En el Epílogo que pone al fin al poema descubrimos otras cosas: que don Bruno, el vejete que tan inconforme se manifestaba con la educación normalista,

*Es hoy en su moral menos severo,
Y es de Clara el sostén y consejero...*

Por lo que hace a la protagonista, dice el cantor de sus hazañas que ignoraba cuál sería su diurno oficio... Pero

*Por las noches, sentada sobre el quicio,
Con pañolón azul arrebozada,
Y diciendo al que pasa: —“Adiós mi gloria”—,
Suelo ver a la niña de mi historia...*

De todo esto, claro está, no tuvo la culpa la tontería de un mentecato, ni la desorbitada curiosidad pseudocientífica de una chica novelera, a quien no se le ocurrió confiarle a su marido el secreto de sus andanzas. Tenían que tenerla las Normales! Y el poeta no siente empacho en asegurarlo, por cierto que en bien medidos versos, orondo quizá al imaginar que ha hecho comulgar con ruedas de molino a los lectores:

*¡Oh lectoras queridas! Cuántos males,
Cuántas desgracias han sobrevenido,
Sólo porque a una niña en las Normales
Le pervierten las ciencias el sentido!*

*Se le enseñan nociones generales
De todo cuanto existe o ha existido,
Y al fin es su cabeza le petaca
Que contiene los bienes de la Urraca...*

¿Y Margarita, la novia desdeñada de Pablo, la rival vencida de Clara? —Pues encontró en el poeta marido, si hemos de creerle a quien tan orgullosamente se ufana de ello:

*Me cautivó con su divino porte,
El alma me encendió con su mirada,
Y... Es tiempo ya de que la historia corte
Y voy a terminar de una plumada:*

*La hermosa Margarita es mi consorte,
Y en el número 3 Calle Tapada,
Vivimos muy felices a estas horas,
A la disposición de mis lectoras...*

Es de suponer que, como en los cuentos de hadas, aunque el autor no lo declara, vivieron largos años y tuvieron muchos hijos. Sólo que sería muy difícil aceptar, como el poeta lo quisiera, que tanta dicha se debió, ante todo, a que la niña del poema no había pisado el umbral de las escuelas Normales...